Tampoco yo te condeno

...Y «así es la misericordia de Dios: una gran luz de amor, de ternura». Porque «Dios perdona no con un decreto, sino con una caricia». Lo hace «acariciando nuestras heridas de pecado porque Él está implicado en el perdón, está involucrado en nuestra salvación». Con este estilo, concluyó el Papa, «Jesús es confesor». No humilla a la mujer adúltera, «no le dice: qué has hecho, cuándo lo has hecho, cómo lo has hecho y con quién lo has hecho». Le dice en cambio «que se marche y que no peque más: es grande la misericordia de Dios, es grande la misericordia de Jesús: nos perdona acariciándonos».

–Papa Francisco en Santa Marta. 7/04/2014

En la masa inmensa de hipócritas en que figuramos todos (en más o en menos; el que esté limpio que tire la primera piedra), se trata de crear «puntos» de verdad y de honradez con los equipos de la HOAC. Si son fieles a Cristo y a su Iglesia, podrán ser fermento salutífero. ¿Lo serán? ¡Ya lo veremos!

–Boletín n.º 149. Rovirosa OC TV pág. 582

Is 43, 16-21: *Miren que realizo algo nuevo y apagaré la sed de mi pueblo.*

Sal 125, 1-2ab.2cd-3.4-5.6: *El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres.*

Flp 3, 8-14: *Por Cristo lo perdí todo, muriendo su misma muerte.*

Jn 8, 1-11: *El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.*

Lectura del libro del Profeta Isaías (43, 16-21)

Así dice el Señor,
el que abrió un camino en el mar,
una senda en las aguas impetuosas;
el que puso en movimiento
carros y caballos,
a un poderoso ejército de soldados,
que quedaron tendidos y no se levantaron;
que se apagaron como mecha que se extingue.

No se acuerden de las cosas pasadas,
no piensen en las cosas antiguas.
Miren, ***voy a hacer algo nuevo,***
ya está brotando, ¿no lo notan?
Trazaré un camino en el desierto,
rutas en la llanura.
Me glorificarán las bestias salvajes,
los chacales y los avestruces;
porque haré brotar agua en el desierto y ríos en la llanura,
para dar de beber a mi pueblo, a mi elegido,
el pueblo que formé para mí,
para que proclamara mi alabanza.

Este pasaje pertenece al segundo Isaías, o también llamado Deuteroisaías, es un profeta del exilio, considerado como «el mayor profeta y el mejor poeta de Israel»[1]. Sobre su persona sabemos poco o nada ya que él no nos dejó ningún dato. Lo que si sabemos de él es que su ministerio lo ejerció junto a su a su pueblo en Babilonia, al final del destierro. Un hombre optimista, culto, un gran teólogo, preocupado por los «signos» de su tiempo. Ciro, el rey persa, se veía como enviado de Yahvé, le llama ungido (45, 1).

Lo que hemos leído es del llamado libro de «la consolación», la novedad está en el desierto que se llena de agua y hay vida para el pueblo elegido, un nuevo éxodo. Le invita a no estar recordando el destierro hay liberación para los que confían en el Señor. Y lo más importante, Yahvé le recuerda que es su pueblo elegido: «Para dar de beber a mi pueblo, a mi elegido, el pueblo que formé para mí».

Salmo Responsorial 125, 1-6

El Señor ha estado grande con nuestro pueblo y estamos alegres

Cuando el Señor cambió la suerte de Sion,
nos parecía un sueño:
la boca se nos llenaba de risas, la lengua de canciones.
Los paganos decían:
«El Señor ha hecho grandes cosas por ellos».
El Señor ha hecho grandes cosas por nosotros,
y estamos alegres.
¡Cambia, Señor, nuestra suerte
como cambian los torrentes del Négueb!
Los que sembraban con lágrimas,
cosechan entre canciones.
Aunque iban llorando cuando llevaban la semilla,
regresan contentos, trayendo la cosecha.

El Señor ha estado grande con nuestro pueblo y estamos alegres

Lectura de la Carta de Pablo a la comunidad de Filipo (3, 8-14)

Más aún, pienso incluso que nada vale la pena si se compara con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he sacrificado todas las cosas y todo lo tengo por estiércol con tal de ganar a Cristo y vivir unido a él con una salvación que no procede de la ley, sino de la fe en Cristo, una salvación que viene de Dios y se funda en la fe. De esta manera conoceré a Cristo y experimentaré el poder de su resurrección y compartiré sus padecimientos hasta asemejarme a él en su muerte, a ver si así logro la resurrección de los muertos.

No pretendo decir que haya conquistado la meta o conseguido la perfección, pero me esfuerzo a ver si la conquisto, por cuanto yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús. Yo, hermanos y hermanas, no me hago ilusiones de haber conquistado la meta; pero, eso sí, olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno para conseguir lo que está delante y corro hacia la meta, hacia el premio al que Dios me llama desde lo alto por medio de Cristo Jesús.

[1] José Luis Sicre. *Introducción al Antiguo Testamento.* Verbo Divino 2011- pág. 303.

Pablo parece que escribe esta carta estando preso en Éfeso, entre el año 53 y primavera del 54 y no es una carta, con cierta seguridad se habla de dos cartas con algunos apéndices posteriores. Una muy corta que está al final y es de agradecimiento (4, 10-20) por enviarles a Epafrodito y la ayuda económica que, de parte de la comunidad, recibe[2].

Y otra carta posterior, que entrega el propio Epafrodito, más larga y elaborada sin dejar ese tono de cercanía y cariño que le tenía a esa comunidad, pero manifestando las preocupaciones ante la influencia externa de los judaizantes que les separaba de las enseñanzas de Pablo y su equipo misional y que podrían dividir o desviar a la comunidad.

Lo que no cabe duda es de esa fe cristológica de Pablo, esa centralidad en la experiencia de cercanía a Jesús, ese conocimiento que vive Pablo como salvación ya, de Cristo Jesús, como a él le gusta llamarle. La fe en Cristo, para Pablo, hace que todo lo que ocurre sea relativo y vive ya, en el **presente**, no sin dificultades, **la salvación** que es promesa. Pablo vive la salvación como regalo anticipado, pero como tarea, que le exige seguir corriendo... para él hay meta. Es imponente como Pablo describe en tensión el futuro ya dado y el presente que es construcción, tarea, camino, carrera.

Tus dibujos en el suelo

Tus dibujos en el suelo
han tenido un efecto sorprendente:
el círculo moralista y acusador se ha roto
y, a solas contigo, por primera vez,
me he sentido libre.

Tus dibujos en el suelo
han sido el primer espejo no engañoso
que me ha hecho ver mi rostro triste,
mi ser pobre y vacilante,
mis miedos de siempre.

Tus dibujos en el suelo
han creado un silencio penetrante,
pues han puesto al descubierto
la trágica parodia que vivimos
cuando nos creemos diferentes.

Tus dibujos en el suelo
me han devuelto la dignidad perdida,
cuando tu dedo suave y firme,
con el polvo de siempre y mis lágrimas perdidas,
han plasmado mi nuevo rostro sonriente.

Después te has incorporado,
serenamente has mirado mis ojos,
me has besado como nadie
y has dicho al aire: Vete y vive; ya sabes.

Y yo no me he atrevido a abrazarte.

Pero llevo tus dibujos del suelo
tatuados
en mi piel para siempre

F. Ulibarri

[2] Senén Vidal. *Pablo. De Tarso a Roma*. Sal Terrae. II Edición. Santander 2008. pág. 167ss.

Lectura del Evangelio según san Juan (8, 1-11)

Jesús se fue al monte de los Olivos.

Por la mañana temprano regresó al templo y toda la gente se reunió alrededor de él. Jesús se sentó y les enseñaba. En esto, los maestros de la ley y los fariseos se presentaron con una mujer que había sido sorprendida en adulterio. La pusieron en medio de todos y preguntaron a Jesús:

– Maestro, esta mujer ha sido sorprendida cometiendo adulterio. En la ley de Moisés se manda que tales mujeres deben morir apedreadas. ¿Tú qué dices?

La pregunta iba con mala intención, pues querían encontrar un motivo para acusarlo. Jesús se agachó y se puso a escribir con el dedo en la tierra. Como ellos insistían en preguntarle, Jesús se levantó y les dijo:

– Aquel de ustedes que no tenga pecado, que le tire la primera piedra.

Después se agachó de nuevo y siguió escribiendo en la tierra.

Al oír esto se fueron uno tras otro, comenzando por los más viejos, y dejaron solo a Jesús con la mujer, que continuaba allí frente a él. Jesús se levantó y le preguntó:

– ¿Dónde están? ¿Ninguno de ellos se ha atrevido a condenarte?

Ella le contestó:

– Ninguno, Señor.

Entonces Jesús añadió:

– Tampoco yo te condeno. Puedes irte, pero no vuelvas a pecar.

Comentario

Un texto precioso pero extraño en el Evangelio de Juan, parece que interrumpe la lógica de los capítulos siete y ocho. En algunos manuscritos antiguos de Juan no aparece y sí aparece en algún manuscrito antiguo de Lucas con el que pega perfectamente con su hilo conductor, presentar la misericordia del Dios Padre. Alguna dificultad tuvo para mantenerse, pero tiene toda la «cultura» del maestro de Nazaret, transpira el texto Evangelio, reino, por todos los costados.

Jesús es interpelado por un grupo ante una mujer adúltera que, tal como mandaba la ley, tenía que ser apedreada. Era toda una trampa, había sido sorprendida en flagrante adulterio y la ley de Moisés era clara, si decía que no, desautorizaba a Moisés y el pueblo se le venía en contra y si aplicaba la ley se enfrentaba a los romanos que se había arrogado ese derecho. Y, finalmente, desmontaría la imagen de Dios Padre misericordioso que Jesús iba presentando.

El conflicto estaba servido, una mujer, que por serlo ya era un personaje marginal y tendríamos que pensar que también sería una mujer pobre. La posición de Jesús es clara, en primer lugar, el silencio, un silencio tenso; muchos acusaban, muchos con la piedra en la mano; y, ante la in-

sistencia de convertirlo en juez, su respuesta fue convertir a los juzgadores en juzgadores de sí mismos: «Aquel de ustedes que no tenga pecado, que le tire la primera piedra».

Algo nuevo irrumpe en aquel juicio sumarísimo, solo puedes juzgar y ejecutar la sentencia si estás libre de pecado, de ese o de cualquier otro. Y ¿quién puede estar libre de pecado? ¿Quién puede decir que es mejor que nadie delante de Dios? Y, si alguno había escuchado a Jesús decir «el que mira con malos deseos a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (Mt 5, 28) sabía de su radicalidad. ¿No parece mayores los pecados cuando se cantan públicamente?

Forma parte del estilo de Jesús invitar, antes de juzgar, a mírate honestamente a ti: «¿Por qué miras la paja que hay en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo?» (Mt 7, 3) y llega mucho más allá cuando es capaz de decir de aquellas despreciadas por Israel, las mujeres dedicadas a la prostitución, «tengan cuidado, que ellas irán delante de ustedes en el reino de los Cielos» (Mt 21, 31).

Por lo tanto, los juicios sobre las personas no forman parte del estilo de los creyentes en Jesús. ¿Qué pasaría en los lugares donde estamos si, quienes nos llamamos creyentes, viviéramos este valor evangélico: «no juzgar»? (Mt 7, 1).

El resto del relato es entrañable, desprende una ternura arrebatadora, en un momento nos traslada a aquel lugar y a la escena. Ellos, los buenos, los piadosos, los cumplidores de la ley se marchan, ella se queda sola con Jesús, seguro que doblada, tensa, con los ojos cerrados fuertemente esperando la primera piedra; y se oye una voz suave que le pregunta por los acusadores. Ella mira a su alrededor y, sorprendida, le contesta todavía aterrorizada «ninguno, Señor». Solo imagino la cara llena lágrimas de alegría mezclada con el polvo de la tierra a la que fue lanzada que se cruza con la mirada de Jesús que le dice, mirándola con ternura y secándole las lágrimas de su mejilla, «yo tampoco te condeno». La invita a marcharse y a no pecar más. Por lo tanto, no es que no haya pecado, no es que Jesús justifique su actuación. Y él era el único que podía tirar una piedra. Lo importante en el relato, al final, es que hay misericordia y una invitación a no juzgar a nadie o mejor, a examinarnos antes de juzgar, que es una buena forma de liberarnos de hacer juicios y condenas. Los juicios, las críticas, las mentiras y calumnias son piedras que lanzamos. Es bueno darnos cuenta de que alguna hay en la mano y hay que soltar. Y es bueno recoger alguna, por nuestros caminos este fin de semana, alguna piedra que nos recuerde las lanzadas y las que Dios no nos lanza.

Forma de lapidación actual

Hay un elemento clave a resaltar que el evangelio quiere transmitir, no solo nos invita al cambio de comportamiento, en estos relatos, nos está revelando el rostro del Padre, nos revela como es el Dios al que Jesús quiere, obedece, busca su voluntad y quiere que nosotros le queramos como Padre/Madre. No olvidemos que al final la ética cristiana se fundamenta en ser «compasivos como el Padre celestial es compasivo» (Lc 6, 36).

Hoy, otra vez, como la semana pasada con la parábola del Padre Bueno, Jesús nos sigue regalando un rostro de Dios, y una invitación a dejarnos

encontrar con Él. Desde la tierra postrados dejemos que resuene en nosotros, en nosotras, en el fondo de nuestras entrañas esa voz que nos rehabilita para la vida una vez más; yo tampoco te condeno, vete, no peques, no juzgues.

Nos entusiasma este Dios que en Jesús camina los rincones de nuestra vida y de nuestra historia con una propuesta liberadora personal y comunitaria que con tenacidad y ternura nos susurra como suave brisa.

Salmo 139, 1-15.17

Señor, tú me examinas y me conoces
sabes cuando me siento o me levanto,
dese lejos comprendes mis pensamientos.
Tu adviertes si camino o si descanso, todas mis sendas te son conocidas.
No está aún la palabra en mi lengua, y tú, Señor, ya la conoces.
Por todas partes me rodeas, y tus manos me protegen.
Es un conocimiento misterioso que me supera,
una altura que no puedo alcanzar.
¿A dónde podré ir lejos de tu espíritu?
¿a dónde escaparé de tu presencia?
Si subo hasta los cielos, allí estás tu;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.
Si vuelo sobre las alas de la aurora y me instalo en el extremo del mar,
también allí me alcanzará tu mano y me agarrará tu derecha.
Aunque diga: "que la oscuridad me oculte
y la noche se haga luz en torno a mí",
para ti no es oscura la tiniebla, pues ante ti la noche brilla como el día.
Tu formaste mis entrañas y me trajiste en el vientre de mi madre.
Te doy gracias porque eres sublime, tus obras son prodigiosas.
Tu conoces la profundidad de mi ser,
nada mío te era desconocido cuando yo me iba formando en lo oculto
y era tejido en las profundidades de la tierra.
¡Oh Dios, que profundos son tus proyectos,
qué innumerables son todos juntos:
si los cuentos son más que la arena, y aunque termine,
aún me quedas tú!

**«Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón
y de servirte con todas nuestras fuerzas»**